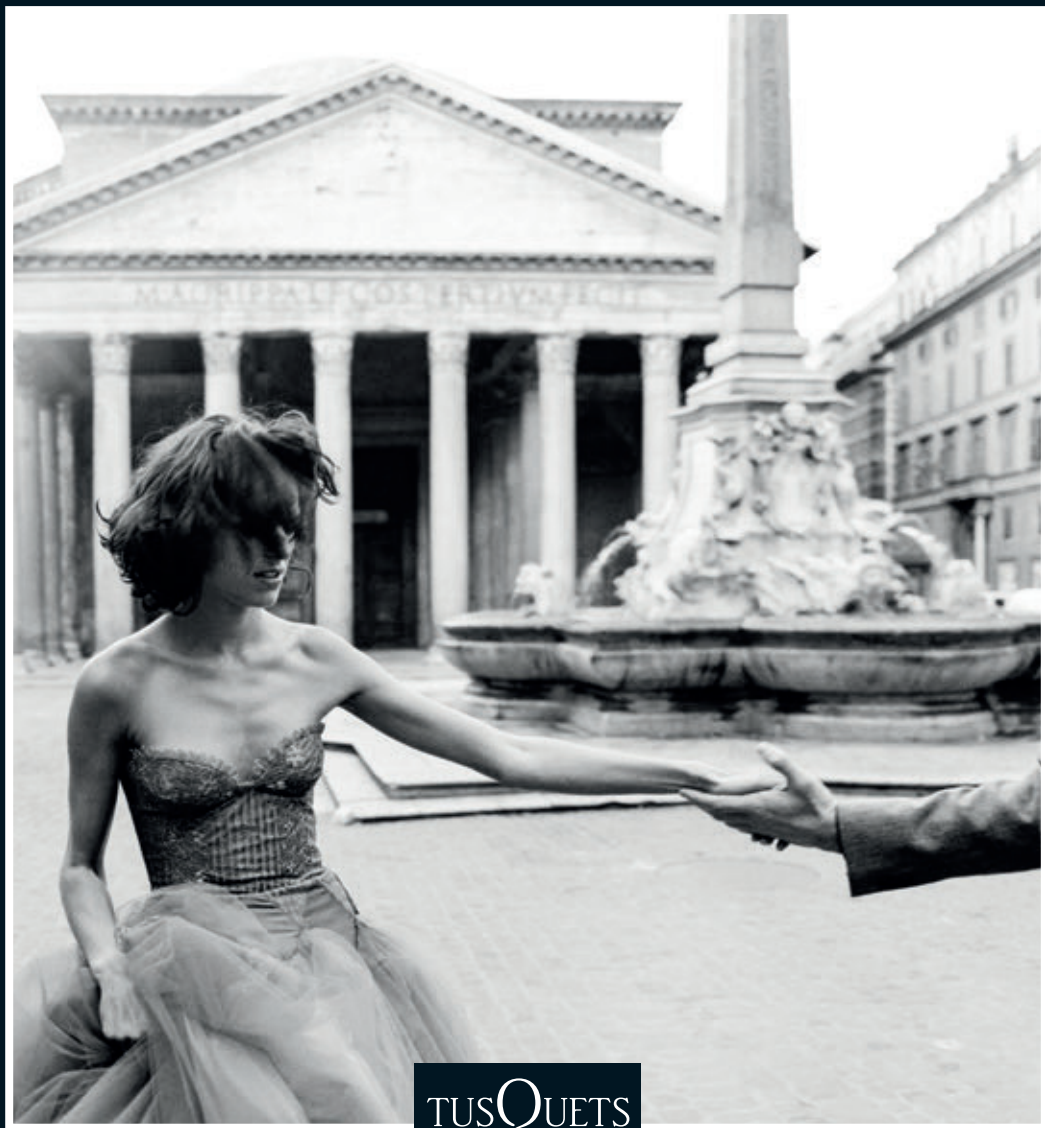


Gianfranco Calligarich  
EL ÚLTIMO VERANO  
EN ROMA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

GIANFRANCO CALLIGARICH  
EL ÚLTIMO VERANO EN ROMA

Traducción del italiano de Carlos Gumpert

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *L'ultima estate in città*

1.ª edición: septiembre de 2020

© 2019 Giunti Editore S.p.A. / Bompiani, Firenze-Milano  
First published under Bompiani imprint in 2016  
[www.giunti.it](http://www.giunti.it)  
[www.bompiani.it](http://www.bompiani.it)

De la traducción: © Carlos Gumpert Melgosa, 2020  
Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. -Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-838-2  
Depósito legal: B. 6.769-2020  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: Black Print  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción,  
distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta  
obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel  
ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## Índice

El último verano en Roma.....	9
Nota del editor italiano .....	243

En cualquier caso, siempre es así. Uno hace de todo para mantenerse al margen y luego, un buen día, sin saber cómo, se encuentra metido en una historia que lo lleva directo al final.

En cuanto a mí, de buena gana hubiera preferido abstenerme de toda competición. Había conocido a personas de todas clases, gente que llegaba y gente que ni siquiera había sido capaz de arrancar, pero todos, tarde o temprano, con la misma cara insatisfecha, por lo que había llegado a la conclusión de que la vida era mejor limitarse a observarla, pero no había contado con una desafortunadísima carencia de dinero en un día lluvioso a principios de la primavera del año pasado. Todo lo demás vino como vienen estas cosas, por sí mismo. Quede claro desde el principio que no le echo la culpa a nadie, me tocaron mis cartas y las jugué. Eso es todo.

Esta bahía es, en cualquier caso, preciosa. Una fortaleza sarracena la domina desde un promontorio de

rocas que se adentra un centenar de metros en el mar. Mirando hacia la costa puedo ver la deslumbrante orla de la playa entre el verde de la maleza mediterránea. Algo más lejos, una autovía de tres carriles, desierta en esta época del año, horada con sus túneles una cadena de montes rocosos relucientes bajo el sol. El cielo es azul, el mar está limpio.

No podría haber elegido mejor, a decir verdad.

Siempre me ha gustado mucho el mar. En la tendencia que tenía desde niño a vigilar las playas debía de haber algo del impulso que llevó a mi abuelo a pasarse la juventud en barcos mercantes por el Mediterráneo, antes de quedar varado en Milán, esa tétrica ciudad, y abarrotar de hijos una casa. Llegué a conocer a ese abuelo mío. Era un viejo eslavo de ojos grises que murió rodeado de una gran cantidad de bisnietos. La última frase que logró articular fue la solicitud de un poco de agua de mar, y mi padre, en su condición de primogénito, dejó a una de mis hermanas a cargo de su tienda de filatelia y se fue en coche a Génova. Yo me fui con él. Tenía catorce años y recuerdo que no dijimos una sola palabra durante todo el viaje. Mi padre nunca hablaba mucho, y yo, que ya le daba quebraderos de cabeza con mis problemas en el colegio, tenía un enorme interés en quedarme callado. Ese fue el más corto de mis viajes al mar, apenas el tiempo de llenar una botella, y también el más inútil, porque cuando volvimos, el abuelo estaba casi inconsciente. Mi padre le lavó la cara con el agua de la

botella, pero sin que a él pareciera gustarle particularmente.

Algunos años después, la proximidad del mar fue una de las razones que me llevaron a Roma. Tras el servicio militar, se me presentó el problema de qué hacer con mi vida, pero cuanto más miraba a mi alrededor, menos capaz me sentía de tomar una decisión. Mis amigos tenían las ideas muy claras, sacarse una carrera, casarse y ganar dinero, pero esa era una perspectiva que me repugnaba. Eran aquellos años en los que en Milán la pasta contaba más de lo habitual, los años de esa especie de juego de manos a nivel nacional también conocido por el nombre de Milagro Económico, y del que de alguna manera yo también tuve ocasión de beneficiarme. Fue cuando una revista médico-literaria para la que escribía de vez en cuando algún ensayo muy ponderado y mal pagado se encontró con la posibilidad de abrir una sede en Roma y me contrató como corresponsal.

Si mi madre intentó obstaculizar mi marcha con todos los argumentos posibles, mi padre no dijo nada. Había asistido en silencio a mis intentos de integración social, comparándolos con los éxitos de mis hermanas mayores, quienes a edad temprana se habían casado con chicos de excelentes empleos, buena gente en todo caso, y yo me había aprovechado de ello como durante el viaje en busca de agua para mi abuelo, callando a mi vez. Él y yo nunca hablábamos. No sé de quién era culpa, ni siquiera sé si puede hablarse

de culpa, pero nunca me abandonaba la impresión de que, si hubiera entablado con él una conversación directa, lo habría herido de alguna manera. La guerra, la segunda, lo había enviado lejos sin perdonarle ninguna de sus bien conocidas peculiaridades, y nadie a quien le suceda algo así puede volver a casa igual que antes. A pesar de su orgulloso mutismo, siempre tenía el aspecto de pretender olvidar algo, tal vez el haber regresado a casa hecho pedazos y habernos hecho asistir al espectáculo de su enorme cuerpo retorciéndose bajo las descargas de electrochoque. En cierto sentido era así, y yo fui incapaz de perdonarle, de niño, su oficio antiheroico, su amor por el orden, su exagerado respeto por las cosas, sin entender, por ejemplo, de qué horrorosa devastación debió de haber sido testigo para ponerse a reparar con infinita paciencia, el mismo día de su regreso de la guerra, una vieja silla de cocina. Y, sin embargo, aún hoy, al cabo de casi treinta años, sigue conservando algo del soldado, la paciencia, la tendencia a mantener alta la frente, la costumbre de no hacer preguntas; y aún hoy, aunque solo fuera eso lo que me hubiera dado, nada podrá hacerme olvidar la intrépida sensación que de niño sentía al caminar a su lado. Porque todavía hoy la forma de andar de mi padre, más que cualquier otra cosa, me devuelve de inmediato a la infancia, y aún hoy puedo, incluso en la inmensidad verde que me rodea, volver como por hechizo a su lado, recordando su forma de andar poderosa y suave, aparentemente inasequible al can-



sancio, la forma de andar de las largas marchas de desplazamiento, la que de una forma u otra se las había apañado para devolverlo a casa.

Así que me marché a Roma, y todo habría seguido su curso si mi padre, abdicando de forma completamente inesperada de su propio orgullo, no hubiera querido acompañarme a la estación y se hubiese quedado esperando en el andén hasta que el tren arrancó. Fue una espera larga, insoportable. Con su enorme rostro inflamado a causa del esfuerzo por contener las lágrimas. Nos mirábamos en silencio, como siempre, pero yo era consciente de que nos estábamos diciendo adiós, y todo lo que podía hacer era rezar para que el tren arrancara y pusiera fin a aquella desgarradora mirada que nunca le había visto. Estaba de pie en el andén, por primera vez más bajo que yo, y eso me permitió observar hasta qué punto se le había quedado ralo el pelo de la cabeza, que no dejaba de girar para lanzar rápidas ojeadas al semáforo al final de la vía. Su enorme cuerpo estaba inmóvil, plantado sobre las piernas abiertas como si se preparara para recibir un golpe, las manos como pesas en los bolsillos del abrigo, los ojos brillantes y la cara roja. Y cuando por fin me di cuenta de que ser su único hijo varón no dejaba de significar algo, cuando estaba a punto de abrir la boca y gritarle que iba a bajar a reunirme con él y que encontraríamos una manera de arreglar nuestras vidas sin hacerlas añicos, el tren dio una pequeña sacudida y se movió. Así, una vez más en silencio, fui

arrancado de él. Vi cómo su enorme cuerpo se estremeció cuando el tren se puso en marcha. Luego lo vi hacerse más pequeño mientras me alejaba. No se movió, no hizo ningún gesto. Luego desapareció por completo.

Mi periodo de respetabilidad no duró mucho. Fui despedido al cabo de un año, un tiempo que, para ser honestos, hubiera podido durar aún menos. El pequeño pasivo de la redacción romana fue el último en ser eliminado antes de que la revista echara el cierre junto con el milagro que la había hecho germinar. La oficina en la que trabajaba, intentando conseguir algo de publicidad para la revista y escribiendo de vez en cuando algunos artículos para halagar la inexplicable sensibilidad de los médicos hacia la literatura, era una habitación con muebles tapizados de damasco rojo en una villa umbertina justo después del perímetro del Tíber.

Su dueño era el conde Giovanni Rubino di Sant'Elia, un distinguido cincuentón de modales desenfados y algo afectados. Distante al principio, casi como si solo viniera a verme para abrir la puerta francesa que daba al jardín y dejarme respirar el aroma de sus lilas, acabó por pasarse cada vez más a menudo los días en el sillón que estaba enfrente de mi mesa, y por entretenerme con conversaciones que se fueron volviendo cada vez más familiares a medida que me

revelaba las verdaderas condiciones económicas en que se encontraba. Cuando me dijo que estaba completamente arruinado, decidimos tutearnos.

Vivía con su mujer, una rubia regordeta y desconcertada a causa de las estrecheces de su marido, en la parte trasera de la casa, y solo le abría la puerta al chico de la panadería; y desde que una vez, al ir a abrir, se encontró frente a un sujeto que le embargó la estupenda mesa dorada del salón, me habían obligado a representar el papel de un secretario algo desmañado. Lo cierto es que yo lo hacía de buena gana. Especialmente por él. Me gustaba verlo entrar en mi despacho alisándose las sienes grises con la mano, y después, dando un golpe seco con los codos, sacar de las mangas de la chaqueta los puños de la camisa inmaculada. «¿Y bien?», decía, «¿qué haces?, ¿estás trabajando?» Yo le ponía entonces la tapa a la máquina de escribir y sacaba la botella. Él nunca hablaba, como lo habría hecho un milanés, de sus problemas económicos, sino solo de cosas agradables, de aristócratas, de gente conocida y, sobre todo, de mujeres y de caballos, y a veces contaba unos chistes tan obscenos que le brillaban los ojos.

Con la llegada del verano tomamos la costumbre de mudarnos a la sala de estar, y allí, cuando el sol abandonaba esa zona de la casa, entre las paredes que conservaban las sombras claras de los muebles que se habían llevado, el conde tocaba un Steinway de cola enorme mientras yo lo escuchaba hundido en el últi-

mo sofá. Cada tarde, en cuanto oía las primeras notas, llamaba al bar para pedir una cerveza helada y me acercaba al salón. Él estaba allí, irremediamente. Llevaba un viejo batín de seda puesto y repasaba su repertorio, viejas canciones que le había oído a mi madre, piezas de Gershwin y Cole Porter, pero sobre todo una vieja canción americana llamada Roberta. A veces cantábamos juntos.

El primer día de otoño de ese año, llegó la carta donde se decía que se cerraba la oficina. Le di la noticia al conde, que se apoyó contra el piano y sonrió.

—Y bien, querido —dijo—, ¿qué vas a hacer ahora? —Eso fue lo que me preguntó, y aun así debería haber entendido que aquello era para él un golpe mortal.

Dos días después, mientras estaba recogiendo mis papeles, llamaron a la puerta y cuatro trabajadores de expresión decidida cargaron el piano a hombros y se lo llevaron. Les costó sacarlo por la puerta, y el viejo Steinway debió de chocar con algún borde, porque desde la calle nos llegó su voz con una especie de redoble fúnebre. Durante todo el tiempo que duró aquella maniobra, el conde no salió de su cuarto, pero cuando le di la mano a la condesa, visiblemente conmovida, y me marché yo también, lo vi en la ventana saludándome con una mano levantada. Hubo en su gesto algo tan inamovible que respondí de la única manera que me pareció apropiada. Dejé la bolsa en la acera e hice una reverencia.

Después del cierre de la oficina, permanecí unos días en el hotel meditando sobre mi porvenir. Todo lo que mis conocidos a través de la revista podían ofrecerme era un trabajo en una empresa farmacéutica de las afueras de la ciudad, donde me dedicaría a escribir artículos publicitarios desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Decidí esperar a que sucediera algo. Como un aristócrata asediado.

Iba todos los días a ver el mar. Con un libro en el bolsillo, tomaba el metro hasta Ostia y pasaba buena parte del día leyendo en una pequeña taberna que daba a la playa. Luego volvía a la ciudad y deambulaba por los alrededores de piazza Navona, donde había hecho algunos amigos, todos ellos gente que iba de un sitio a otro como yo, intelectuales más que otra cosa, con la espera reflejada en sus ojos y cara de refugiados. Roma era nuestra ciudad, nos toleraba y nos apaciguaba, y yo también acabé por descubrir que, a pesar de los trabajos esporádicos, de las semanas de hambre, de las habitaciones de hotel húmedas y tenebrosas, con muebles amarillentos y que crujían como si los estuviera matando y resecaando una oscura enfermedad hepática, era el único lugar donde podría vivir. Y sin embargo, si pienso en esos años, apenas consigo ver con nitidez unas cuantas caras, unos cuantos hechos, porque Roma tiene en sí misma una ebriedad particular que abrasa los recuerdos. Más que una ciudad, es una parte secreta de ti, una fiera escondida. Con ella no hay medias tintas, o le tienes un gran

amor o debes marcharte, porque eso es lo que la dulce fiera exige, ser amada. Ese es el único peaje que te será impuesto vengas de donde vengas, de las verdes y empinadas carreteras del sur, de las oscilantes rectilíneas del norte, o de los abismos de tu alma. De ser amada, se te ofrecerá tal como la deseas y no tendrás que hacer nada más que dejarte llevar por los lameteos de las olas del presente flotando a un palmo de tu legítima felicidad. Y para ti habrá veladas veraniegas asaetadas de luces, vibrantes mañanas de primavera, manteles de los cafés cual faldas de muchachas agitadas por el viento, afilados inviernos e interminables otoños cuando la ciudad se os muestre como inerme y enferma, postrada, henchida de hojas decapitadas sobre las que tus pasos no harán ruido. Y habrá cegadoras escalinatas, clamorosas fuentes, templos en ruinas y el silencio nocturno de los dioses desposeídos hasta que el tiempo pierda todo significado que no sea el mero y pueril de empujar los relojes. Así, tú también, día tras día, esperando, acabarás por formar parte de ella. Así, tú también alimentarás a la ciudad. Hasta que, en un día soleado, olfateando el viento que viene del mar y mirando al cielo, descubrirás que ya no queda nada que esperar.

De vez en cuando alguien alzaba velas. Cuando llegó el turno de Glauco y Serena, dos del grupo de piazza Navona, me fui a vivir a su apartamento en Monte Mario. Ya estaba al límite con las habitaciones de hotel, y no me podía creer que dispusiera de un

sitio donde estar a mi aire, y cuando por cincuenta mil liras compré también su exhausto Alfa Romeo, pensé, sin lugar a dudas, que mi vida había llegado a un sólido punto de llegada. Llené dos maletas con mis libros y me mudé el mismo día de su marcha. Se iban porque Serena había obtenido un contrato por dos años como escenógrafa en un teatro de Ciudad de México, pero, sobre todo, porque su matrimonio estaba en crisis y Glauco había dejado de pintar. Roma los había destrozado y se iban, con esos nombres definitivamente fuera de lugar y un número desproporcionado de maletas.

—Ciudad repugnante —dijo Glauco, asomándose al balcón.

—Yo me encuentro bien aquí.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué estás siempre borracho?

—No siempre —dije—, a menudo. Hay una profunda diferencia. —Luego miré el valle que se extendía ante el balcón. Era amplísimo, cortado en dos por un puente de muchos arcos sobre los que pasaba varias veces al día un tren largo y silencioso como una oruga. A ambos lados se erguían las tapias de dos conventos, que campanilleaban al ocaso, mientras frente a ellos las casas más cercanas se perdían en el verde contra la línea del horizonte. De fondo, un gran cielo y una gran luz. Era un lugar magnífico.

—Es todo tuyo —dijo Glauco señalando la habitación donde estábamos.

No había necesidad de hacer inventario, solo quedaba un viejo sillón, una estantería para los libros y una cama que servía de sofá. Las otras dos habitaciones no estaban decoradas con mayor esfuerzo, muebles del mercadillo de Porta Portese más que nada, viejos y simpáticos. Una estaba casi llena por completo de lienzos, botes de pintura y todo lo que normalmente le hace falta a un pintor.

—Si te quedas sin dinero, no me vendas los cuadros —dijo Glauco, como si a alguien le quedaran aún ganas de comprarlos.

Se marchó diciendo que aún tenía gente en la ciudad de la que despedirse. No me pidió que lo acompañara y supuse que iba a despedirse de su novia. Todos sabían que tenía otra mujer. Corpulento, agresivo, era incapaz, bajo ninguna circunstancia, de dejar de presumir de todo. También sabía que entre Serena y yo había cierta simpatía de carácter muy determinado, pero nos dejaba solos porque no era de esos que le temen a nadie.

Serena todavía estaba en la habitación, entre las maletas abiertas de par en par. Debía de tener miedo de que se la tragan, porque caminaba de un lado a otro retorciéndose las manos.

—¿Y Glauco? —preguntó.

Le dije que volvería pronto y ella siguió deambulando por la sala con aire trágico. Cuando pasó a mi lado por tercera vez, acabé ciñéndole los hombros con un brazo y ella se apretó contra mi pecho, mirándome



desconcertada. Entonces yo la estreché más fuerte, pero ella se puso rígida y me di cuenta de que era que no, que hubiera querido que fuera que sí, pero en otro momento, y que ahora era que no, que era tarde. Nos pusimos a hablar de México hasta que volvió Glauco.

—¿Y bien? —dijo—, ¿nos vamos o qué?

El tono triste de su voz me sorprendió. El último adiós debía de haber sido particularmente duro. De pie, en medio de la habitación con aquel cuerpo suyo musculoso, tenía el aspecto desilusionado e infantil de un peso pesado que ha perdido el título. Por primera vez, lo miré con simpatía.

Los acompañé al aeropuerto. Nos despedimos besándonos en las mejillas, y luego subí a la terraza para verlos partir. Cuando subieron a la escalerilla de embarque, miraron a su alrededor para localizarme. Nos despedimos con la mano hasta que entraron en el avión. Este tardó en ponerse en movimiento, pero al final se dirigió hacia el centro de la pista, allí se detuvo como para recuperar el aliento, rodó con fuerza y luego empezó a acelerar hasta que se levantó con una maniobra elegante y siguió elevándose, brillando bajo el sol, hasta desaparecer. Entonces me fui.

De vuelta en la ciudad pensé en otras despedidas. Pensé en cuando le dije adiós a mi padre y cuando le dije adiós a Sant'Elia, y en cómo todas esas despedidas habían cambiado mi vida. Pero siempre es así, somos lo que somos no por las personas que hemos conocido, sino por las que hemos dejado atrás. En eso iba

pensando mientras conducía con calma el viejo Alfa Romeo. Era lento y ruidoso como un cetáceo, y los pájaros enmudecían en los árboles como si una nube oscura hubiera pasado por el cielo. Presumía incluso de un pedigrí de propietarios tan largo como la guía telefónica de una ciudad de provincias, pero su olor a ceniza y cuero era casi embriagador.

Decidí que intentaría seriamente dejar de beber. Me quedaba en el balcón leyendo al sol y me mantenía alejado de los bares y de la gente que los frecuentaba. El calor hacía menos repugnante la mezcla de vino dulce y agua helada con la que me ayudaba, y poco a poco empecé incluso a engordar. Lo malo era por la noche, cuando salía de la zona de recepción del *Corriere dello Sport* y me encontraba frente a esas horas mortales que van desde las diez a la una de la noche. Las chicas me fueron de gran ayuda. Siempre se me han dado bien, y durante aquellos meses mi batalla contra el alcohol despertaba su instinto maternal. De esta forma, me ocurría a menudo que me despertaba en camas extrañas, solo, porque las chicas con las que tenía tratos eran, sobre todo, maestras o dependientas y, por lo tanto, estaban vinculadas a unos horarios inexorables. Y eran despertares muy hermosos, a decir verdad. Me levantaba, vagabundeaba por la casa, encendía un tocadiscos y buscaba, encontrándolo casi siempre, café ya preparado que me calentaba. Luego

entraba en cuartos de baño limpios, repletos de toallas, cepillos, horquillas y misteriosos frascos de cremas de colores pálidos. Buscaba, encontrándolas casi siempre, sales de baño, y me demoraba largo rato en la bañera. Por último, me secaba, me vestía y salía cerrando detrás de mí la puerta que retumbaba en el piso vacío.

En la calle compraba un periódico, echaba un vistazo al tenderete de libros usados, compraba algunas provisiones y me iba a casa, para decidir si me pasaría la tarde leyendo, en el cine o en el periódico. Fue precisamente una de esas mañanas cuando me di cuenta de que no tenía ni un céntimo en el bolsillo. Una situación de lo más habitual, pero complicada en esa ocasión por toda una serie de desventuras: la puerta que había cerrado sin remedio a mis espaldas, el coche que había dejado la noche anterior en un barrio muy lejano, y la molesta sensación que me martilleaba de haberme olvidado de algo que, por muchos esfuerzos que hiciera, no conseguía recordar. Se anunciaba, por lo tanto, uno de esos días en los que se nos quedan en la mano los botones de la camisa, perdemos la libreta de direcciones, faltamos a las citas y todas las puertas se transforman en otras tantas trampas para los dedos. Uno de esos días en los que lo único sensato sería encerrarse en casa y esperar a que pasara. Pero no podía hacerlo, de modo que eché a caminar bajo la lluvia.

Sí, porque, por si fuera poco, estaba lloviendo. Recuerdo muy bien la lluvia de ese día. Una lluvia pri-

maveral que caía de forma intermitente sobre una ciudad desmemoriada y sorprendida, llenándola de aromas cada vez más fragantes después de cada aguacero. Hasta el punto de que no hay, en mi vida, un día tan saturado de aromas como aquel en el que esta historia dio comienzo.